

UN GRITO EN LA NIEBLA

José Enrique Canabal

Al cruzar el umbral de la puerta en dirección a la calle, tuvo un momento crítico que le reseco la boca; un acceso de angustia y un extraño sentimiento de culpa se infiltraron en su pecho. Caminó lentamente de modo inseguro, como si fuera incapaz de realizar los más elementales principios para moverse; un intenso odio le sobreviene al exponerse a los ojos de gente que conocía de tiempo atrás, se imaginaba que ellos estarían al tanto de todos los detalles, no obstante reflexiona: "Os conozco a todos muy bien y sobre todo a vosotras". Ya en la calle, comenzó a recuperarse. Siente que su rostro se conmueve y que su corazón envilece dentro de él, pero hacía ya tiempo, que había perdido la facultad de volverse atrás y detenerse ante las puertas, que ahora se le cerraban de par en par y le cortaban la retirada; su situación era tan desesperada, como la de un reo en una mazmorra donde los resquicios estaban sellados y la fuga era imposible; se había vuelto débil, lánguido, como algo brumoso encerrado en una tonalidad difuminada, invadido por la indiferencia y la desmoralización que le dejaban a la deriva.

Caminó por la ciudad sin rumbo determinado, necesitaba escapar de aquella maraña de acontecimientos. Las calles en la madrugada se habían vuelto ponzoñosas, restos de basura mal recogida por los barrenderos, dejaban a su paso un hedor insoportable. Su torpe andadura le lleva hasta la calle Barquillo, allí un chucho trasnochador le sigue, husmea en los residuos de basura que se encuentra; el perro le persigue, pero al rato, se da cuenta de que el que sigue al perro es él. Entró en un garito de mala fama y pidió un güisqui con agua, lo bebió en dos embestidas, vio como una de las busconas del fondo hacía inequívocos movimientos para abordarle, pago la cuenta y salió del local. El perro le estaba aguardando en la puerta, se colocó a su diestra con el costado casi pegado a su pierna, como si me intentara proteger de las sombras, se acercan a la estatua de Cristóbal Colon, el perro se coloca con el rabo extendido en la misma dirección de la mano que señala el nuevo mundo; aquel chucho comenzaba a alegrarle la noche. Las fachadas de los edificios no tenían vida, las calles abandonadas de seres, vuelve la cabeza, observo al perro y decide llamarle "Argos". Para olvidar se había entregado con tanta vehemencia a su trabajo, que los pacientes comenzaban a emponzoñarle. Caminaba desconcertado, de cuando en cuando miraba a la otra acera, apareció un hombre que salía de la niebla, era como si vigilasen sus pasos; el pavimento era firme y seguro, sin embargo, su mirada se arrastraba por las fachadas intentando asirse a ellas, las examinaba, se aseguraba que estén

inmóviles y que no se movieran, aunque, en realidad, una casa parecía inclinarse hacia delante. Levantó la mirada, los tejados parecían escurrirse como la arenisca por una pendiente inclinada. Murmuró en voz alta: "Dios, dios, dios, me estaré desmoronado".

En el hospital donde trabajaba le habían destituido como director. Caminaba desangelado, el aire hacía el humo más tenue y más gris hasta perderse con la brisa, que de repente se convirtió en un viento que barrió el lodazal de su vida. Ya no había asombro ni asedio en la mirada, ni en el ansia que aislaba estéril sus deseos. Marchaba ignorando la existencia del alma, como un ciego errante que empuña inútilmente una antorcha. El comité de médicos le había propuesto que sino estaba conforme con los experimentos con los pacientes que dimitiera y se fuera. Las palabras del adiós; poseían tres perros feroces: ingratitud, soberbia y envidia. Era sabedor que cuando esos tres perros mordían, la herida era muy profunda.

Un runrún procedente de las entrañas del hospital, que hasta aquel instante nunca había percibido, hacía que se sintiese inseguro. Los muros ya no ofrecían protección; en aquel sótano vagaba una media luz que parecía viscosa, como una niebla pegajosa. Un río de frío soplaba desde la rendija de los ventanucos que daban al patio y se entremezclaba con la acidez de los murmullos, como si intentasen ocultar un indescifrable secreto. Se frotó las canas de las sienes como queriendo hacer retroceder la vida; se restregó el antebrazo, sufrió un sobresalto, sintió una pequeña costra, enseguida comprendió que eran restos de sangre, posiblemente le habían inyectado algo mientras dormía. Comenzaba a sentirse desorientado y decidió ir al el baño. Era consciente de que había empujado a su cuerpo por un atajo peligroso. Recapacitaba: más que sosiego lo que buscaba era convicción, la tristeza no la podía evitar, crecía igual que la marea.

Les había dicho que no iba a dimitir, que a denunciaría los experimentos en los cerebros de los locos, que daría pelos y señales de todos los que habían fallecido. Un ligero parpadeo de sus hinchados y enrojecidos ojos le hizo volver en sí. Quedó sumido en un profundo letargo, desde donde oía campanadas imaginarias que daban las horas, los cuartos y las medias. Una línea gris, en el horizonte lo violento todo, como si su voz hubiese abrasado el silencio, como el agua que borboteaba en el mismísimo centro del volcán. Pero acaso nunca ocurriera, quizás los espejos no llegaran jineteando sobre las olas, ni el sol derritiera las esquinas de las celdas, ni el aroma de las flores sustentara el corazón de las sombras y lo transformara en cardos. Sospechaba que todo era una pesadilla, pero todo era tan real que dudaba. Había en su alma restos de una lluvia horizontal, pero desconocía su significado; sus dedos trazaban en el amanecer la silueta de sus labios y su alma reflejaba el antifaz vacío de su rostro. Las pasiones eran como los vientos: eran necesarios para poner en

movimiento todas las cosas, aunque con mucha frecuencia originan huracanes. Nada vivió, ni sintió, ni nada quebró su silencio, ni su tempestad y la raya del horizonte sigue siendo gris.

Le quitaron de en medio con un certificado falso de un forense corrupto que avaló los diagnósticos de los médicos que aseguraban que padecía una esquizofrenia peligrosa e irreversible. Hacía ya dos años que le habían convertido en un vegetal, no obstante, de vez en cuando tenía atisbos de su existencia anterior, a veces estiraba la punta de los dedos para tocar con ellos sus ideas; en un intento vano de recobrar su memoria se había entregado un día repentinamente a don Alberto, el psiquiatra jefe que le había sustituido, y ese fue su gran error, le extirpó una parte de su cerebro, le quitó toda su agresividad y su fuerza interior, aunque pudo engañarle le hizo creer que le estaba malogrando; como acostumbraba don Alberto le tocaba con la yema de sus dedos su frente y él veía como ésta se inflamaba, en aquellos momentos le engañaba, le hacía creer que era un vegetal que no podía pensar, eso sí, le había quitado su instinto sexual, pero sus recuerdos anhelaban lugares paradisíacos bañados de sol, pero don Alberto volvía poner su dedo en su frente y volvía a someterse con una señal en clave, inmediatamente se ponía en marcha una conspiración de frases creadas por él que le conminaban a la redención; ahora, él mismo ya no lo podía soportar y su corazón estaba a punto de estallar, sabía que poco a poco le iría hundiendo en la penumbra. Cuando intentaba retroceder al pasado se derrumbaba, tal vez escuchase, pero no era capaz de comprender, no oía nada, poco a poco delicadas sombras comenzaban a avivarse de modo que despierto entendía como le decían: "Erígete sobre ti mismo y olvida, deja de escuchar y aprende a oír". Era después de aquellas sesiones de hipnosis, notaba como las rodillas comenzaban a entumecerse y sus codos se endurecían; debajo del diván había una alfombra de dibujos inquietantes; don Alberto se sentaba en la penumbra, nada más le veía el blanco de sus ojos escrutándole, a su izquierda había una figura que le parecía algo así como una calavera y a su derecha un micrófono, al lado una grabadora, un encendedor y un paquete de tabaco sin abrir, unas hojas sueltas en las que tomaba notas. De la pared colgaba un cuadro que representaba varias cosas según se miraba, a veces era un animal ostentando una sonrisa somnolienta y peligrosa, otras veces parecía un gran sexo; no era difícil convencerse de que en aquella habitación nerviosos hilos invisibles apuntaban en cuatro direcciones, en el extremo de esos hilos había una multitud de mentes desiguales, con una perentoria necesidad de liberación. Era posible que don Alberto controlase su mente con tantos cables tensos y que estuviese en condiciones de iluminar su vida. ¿Sería factible que alguien le tocase la frente con la yema del dedo y esta se encendiese? Ya no le quedaban lágrimas en su alma y su cabellera estaba inhumanamente rapada.

Él cada vez amaba más a doña Isabel, siempre sonrosada, floreciente, desbordante de entusiasmo y complaciente con don Pedro, conmovedora, desapegada de su cuerpo y siempre distante, parecía no querer verle. Le acometió un ardiente deseo de poseerla, aunque no podría; cuando se quitaba la bata usaba una enagua que parecía inspirarse en el estilo de las diosas griegas y una cara angelical que centraba sus bellos ojos azules, a los que él miraba de forma deshonrosa, desearía que caminase descalza y que los dedos traviosos de sus pies traspasaran el hospital y intentaran tocar la tierra que había debajo.

A comienzos de abril en los primeros resuellos de una primavera excéntrica y voluntariosa, él abandonaba la habitación en la que había permanecido recluido todo el invierno y empezaba a desplazarse libremente de un lugar a otro del hospital; le dejaban bajar al jardín donde se evadía con un movimiento lento, tímido, a través de los parterres; a mediodía se dirigía al sótano donde pasaba el parte del día desaparecido entre los viejos trastos y desechos dejados de la mano de dios. Su cabeza estaba rapada al cero y la piel mostraba por donde habían realizado las trepanaciones. Tras la operación su memoria fallaba, habían eliminado grandes períodos de su pasado lejano; su animo estaba alicaído y los dolores de cabeza eran constantes. Al ocaso temeroso aguardaba en la penumbra hasta que la noche lo envolvía todo, entonces silbaba convulsivamente una canción que no reconocía y hacía contrapunto a la atmósfera hospitalaria; volvía al jardín y remolcaba sus pies por el césped recién regado, resollaba y sudaba de miedo, al son de su propia música, aleteaba los codos se volvía de espaldas al viento, emitía un suave gemido y se zafaba de la atracción de la tierra. Se elevaba, flotaba en el aire oscuro y se preguntaba por qué le habían trepanado el cerebro. Al volver del sótano un desbarajuste de energías abstractas le oprimía. Incluso su propio cuerpo se exhibía como una inestable marejada de energía pasajera. Cuando se tocaba, con los dedos ardientes, su frente tenía la súbita excitación de que palpaba una estrella. Se habían olvidado de él y a veces desaparecía semanas enteras y en el hospital no se daban cuenta de su falta; aquella soledad le enseñó a comer patatas crudas y a saciar su sed con sus orines, a invertir sus pasos para impedir cualquier propósito de persecución. Tenía la facultad de inventarse un largo camino valiéndose de pensamientos robados, como si fuesen ondas de radar, pues desde la operación carecía de recuerdos que cruzaran el arroyo de su vida. Así consiguió eludir a los enfermeros zigzagueando por las cloacas del hospital donde ni las sanguijuelas y la muerte con su larga guadaña se atrevían a transitar. Cuando la angustia era mas fuerte surgía de las cloacas y volvía a caer exhausto en su habitación. Entonces abandonado por las largas sombras le inyectaban un sedante que le hacía dormir varios días; al despertar se encontraba otra vez atado y aseado, tan solo le dejaban su hirsuta barba que

acompañara. Algunas veces los recuerdos le sorprendían pero no los podía reconocer. Su barba tenía una forma de la que no era posible evadirse, era como una maraña de recuerdos oscuros que le hacían transitar de las nieblas a las tinieblas, entonces se acercaba a la ventana cuando menguaba el día; sentía como un viento gris y húmedo, irrumpía desde las vastas llanuras de la meseta y cruzaba aullando el hospital, agitaban, a lo lejos, los árboles, al llegar silbaba en las ventanas, en la distancia veía las luces que se encendían escalonadamente; la noche se desmoronaba sobre el hospital, las sombras oscurecían aquel blanco y frío edificio, en el que vivía envuelto en portentosos desconuelos y la penetrante la música que conformaba el aullido de los lobos encerrados en el vacío cuadrangular de sus recuerdos, entonces silbaba suavemente, se inclinaba sobre su reloj oteando el tiempo pasado que para él no existía.

Poco a poco su cerebro se recobraba, lo único que le fallaba eran los recuerdos de tiempos pretéritos, pero por el contrario su agilidad mental se había desarrollado. El parque había cambiado, la dirección había mandado instalar bancos pintados de blanco, rodeados por unas plantas luctuosas y por un cúmulo de prohibiciones. Los enfermos caminaban sin ver, iban y venían a ningún sitio. No resultó difícil entender el súbito frenesí de los pacientes y el fulgor de un miedo implacable que se había instalado allí el templo de la locura, sin ninguna concesión a las mentes ondulantes llenas de sombras que fluctuaban suavemente bajo las calles de la cordura; era imposible que aquella sinuosidad sirviera para avivar aún más la llama que había en sus corazones. A él le trataban con corriente, corriente, corriente, electricidad que le sobornaba el alma con sus electrones, con sus átomos silenciosos que esquilaban, anulaban sus neuronas y le estaban convirtiendo en un vegetal; después, noche tras noche la maquinación de las estrellas contra la luna nueva; el viento nocturno debería transmitir un mensaje, pero él ya no era capaz de concentrarse y tensaba sus sentidos, percibía que había realizado algo abominable, pero no sabía discernir el que. Cada noche los enfermeros se iban al sótano a jugar a las cartas; en las habitaciones, en las primeras horas de la madrugada, los enfermos se apretujaban en sus lechos, el dolor volaba sobre sus mentes, pensamientos punzantes y cuando el efecto placebo comenzaba a desaparecer, necesitaban que los inyectaran y por sus desdentadas bocas brotaban agudos gritos de dolor, exhalaban olores fétidos que provenían de sus esqueletos; se encorvaban entre sollozos ahogados batallándose, en vano, por patear y huir, pero ellos, tan sólo conseguían enardecer aun más la escabrosidad de materia mortal que se mostraba pegajosa y putrefacta, de cuando en cuando impelían gritos inhumanos, entre sus cuerpos crujían tupidos juegos cáusticos. En el sótano se envidaba, se envidaba más y se echaba órdago al juego. Las risas huían por la escalera, estaban todos, hasta el médico de guardia;

mientas los locos se sumergían poco a poco entre el detritus pringoso de venas inflamadas a punto de estallar, pelos canos arrancados con sus raíces empobrecidas, dientes ermitaños desprendidos de las descarnadas encías, envidaban a los labios muertos adheridos que avergonzaban sus sollozos y lanzaban un órdago de alaridos.

Antes de que le trepanasen el cerebro, era un hombre atractivo, de contextura robusta que acababa de cumplir los cuarenta; ahora sus facciones, bastante decaídas, inspiran desesperanza y sumisión, con las que solía engañar a los doctores con una expresión que trataba de esconder lo cotidiano y el recelo ante los psicofármacos que eran el fruto de desencantos e inexperiencias turbadoras; lo que él les ocultaba eran sus irreprimibles ganas de matar. Antes tenía unas cejas grises llamativamente tupidas, ahora eran blancas, cuando le preguntaban no derrochaba palabras y se limitaba a arquear la ceja derecha, atónito ponía cara de mártir y cerraba los ojos. Metió las pastillas dentro de la boca, las escondió debajo de la lengua, sorbió el agua plastificada que le obligaban a beber y caminó lentamente detrás del enfermero, con los ojos cerrados vio las copas de los árboles y reconoció la tristeza del viento que se había enredado culpable en ellas; en el horizonte la falsa profundidad galáctica de las estrellas, en donde los gusanos ocultos transmitían señales en un lenguaje extraño. No comprendía por que no evocaba nada de antaño, los recuerdos más inmediatos podía verlos en color, eran como una película en cinemascopé. Escupió suavemente las pastillas y rascó, con furia contenida, el suelo con los pies, asentó ambas manos sobre la música de las colinas, que se filtraba hacia él desde todos los lados. Tuvo que esconderse en los sótanos y planear su fuga. Comenzó a correr despavorido, le gustaba aquella sensación de fuga, el esfuerzo le produjo un síncope que hizo que sus dientes rechinaran y se le tensaran las manos. Al fin consiguió que sus pensamientos se desembarazaran, se incorporó unos centímetros por encima del césped recién cortado y levitó, con un aleteo breve, enseguida perdió los privilegios y cayó de bruces al suelo. Comenzó a sangrar por la nariz y las gotas empaparon la tierra que parecía de terciopelo, un suave sonido semejante al quejido de los pinos hacía que la hostilidad reinara en aquel templo del suplicio y la vida yacía huérfana a él. Tendría que planearlo todo muy bien. El celibato prolongado, las acciones reprimidas, la renuncia, su cuerpo ineludible, sus furores y sus imposiciones le estaban llevando al borde de la locura, aunque él para ellos era un loco incurable; él en su conciencia era una persona peculiar, algo anormal pero mucho más cuerdo que aquellos carniceros. Los diez años que llevaba recluido los había considerado repulsivos, llenaron su cuerpo de necesidades de inmundicias, no podía desembarazarse de aquel cuerpo surcado por venas azules llenas de pinchazos; como si estuviera establecido a pasar el resto de la vida encerrado en una habitación, acompañado de

un paciente viejo de cuerpo acartonado y sudado, de venas hinchadas y aliento fétido, de noches incontables, de negaciones y quejas.

Su denuedo silencioso por concentrarse, por eludir al enemigo, por explorar su subconsciente que era como una esfera turbia y privada de apariencia; al otro lado del tabique, una chica excitada, se masturbaba, se descoyuntaba, gritaba e implora como si la estuviesen acariciando en miel o la estuviesen pinchado las plantas de los pies con agujas diminutas. Tenía otra vez una erección, recordaba a su mujer a través de las fotos de ella cuando salía con otros hombres después de su desaparición que don Alberto le mostraba para desequilibrarle; rememoraba la fragancia de su cuerpo, puso la toalla sobre su barriga, comenzó a tocarse, apretó los dientes, no lo pudo hacer y se reprimió y sus ojos se llenaron de ácidas lágrimas. El sometimiento del celibato era como el cuajo que se agriaba demasiado pronto y un gusto empalagoso invadía las papilas.

Tos espasmódica de primera hora de la mañana le despierta. El hedor de su cuerpo, cada vez más marchitado, emanaba de aquella la cama le hacía volver a la realidad, el jadeo continuo semejante al de un anciano me angustia. Piensa: Tendría que hacerlo con la enfermera de don Alberto o matarla. La necesidad humillante de descubrir que ella era su anónimo amor; cuando la veía una sensación de angustia le invadía, cuando no descubría una palabra sencilla, afable, se quedaba clavado ante sus ojos de vidrio azul de colegiala, y, aquel rústico y feroz deseo sexual, hacía que día y noche estuviese pensando en su delicado tesoro de mujer. Tuvo que ir a la ducha, abrir solamente el agua fría y despojar de su carne aquel convulsivo deseo. ¿Habría por casualidad una verdad más sincera que ésta?

Una oscura zozobra se había abatido sobre su vida Hablaba solo, en voz alta, comenzaba a recordar todos aquellos años. Empezaron a desaparecer algunos locos. Se dijo, para explicar su ausencia, que habían sido trasladado a otros manicomios. Había desaparecido muchos medicamentos que se podían considerar como droga. El miedo se había apoderado del hospital y los celadores escudriñaban todos los escondites, registraron los cuartos, los sotabancos, los sótanos, y cuando encontraban a algún loco escondido imponían los castigos más crueles; pero los chiflados soportaban la injusticia con entereza y buscaban refugios dentro de ellos mismos. Se aferraban a la esperanza, en vano, porque cada vez reinaban los experimentos y la muerte, y, en aquello el nuevo equipo médico no tenía rival. Cuántas veces contemplaba el diván de don Alberto con admiración y miedo a la vez, hasta que cierto día, creyéndose solo, atisbo como la enfermera le estaba masturbando. Feliz y contento volvió al sótano, liberado por la dicha se quitó el blusón y comenzó a acariciársela, hasta que percibió una voz chillona que le gritaba encolerizada: "Deja de hacer guarradas, hijo de perra, que sino te llevo al quirófano para

que te capen". Volvió la cabeza hacía donde procedían los gritos y avistó a la enfermera que solía 'jugar' con los cirujanos.

Nada había cambiado en el hospital, los pies seguían arrastrándose por el aséptico linóleo donde los pies descalzos no dejaban huellas de polvo. Los moscardones seguían entrando por las ventanas y posándose en los ojos; los rostros abandonados permanecían ajados y macilentos, mientras ensordecidos se acostumbraban a los insultos que proferían los enfermeros. El hospital se mantenía agazapado tras sus muros y sus lamentos. El resto de las alas eran paraderos de locos anónimos donde los más miserables y desgraciados de aquella sociedad vegetaban en aquel templo del dolor y notaban como su mente se cimentaba en el abismo.

En aquellos últimos meses había ido recuperando la memoria, los fármacos que sustraía del laboratorio le habían ayudado, eran los mismos que le recetaban a su vecino de habitación. Cada vez se notaba más vivo y violento. La navaja de acero con la que jugaba, ahora la manejaba con suma habilidad, estaba muy nervioso y excitado, reía para sus adentros, hacía rechinar los dientes después de deslizar por su cuello la chispeante navaja; con la otra mano que era enormemente espinosa, una mano de chacal en la que se palpaban las gruesas venas de color azul oscuro que se desvanecían incapaces de contener la palpitación de la sangre espesa de la enfermera cachonda a la que acababa de teñir de rojo la esclerótica y le había amputado las ubres. Cada latido de su corazón hacía temblar las venas como si se hallasen a punto de estallar. De su cara emanaba un confortable terror. Algo impulsaba y luchaba por eclosionar. Su cuerpo omnipotente no se desmoronaría jamás bajo la tiranía de los años, ni se eclipsaría, sino que se inflamaría impulsada por una marea imperturbable de sangre que pugnaba por desperdigarse y convertirse en un torrente desatado.

Ellos ya no podían dominar su mente, estaba ganado la batalla, el miedo flotaba en el hospital, hablan en voz baja, desconfiados, susurrando sus propios miedos. Su navaja era poderosa, cuanto más la observaba, la acariciaba y la afinaba poco a poco, delante de sus propios ojos hasta que su filo se reducía a un punto que iba del cero al infinito. Su navaja era como un templo medieval que no era más que materia sólida elevada hacía alturas inmatrimales, la transformación de la idea en espíritu. Cuando sus toscas manos la empuñaban lo hacía con la precisión de un cirujano y conseguía que temblaran las paredes del hospital, era como un placer sexual que fluía dentro de él y acometía un punto crucial en el infinito hasta que las gargantas contenían un gemido y todos los bríos brotaban en un espasmo. Con los primeros atisbos del lóbrego amanecer, los últimos rayos de la luz gris anuncian la noche misma que agonizaba en el umbral de las rejas del inconsciente. El crucifijo de la pared y la

ignominia. El subconsciente y la furtiva proximidad de la muerte. El olor de las oscuridades limítrofes y el desconsuelo. Pocos minutos después de las nueve empezaban los médicos a pasar consulta, los enfermos, que ironía, entraban en la sala vacilando, después de golpear ligeramente la puerta, adelantándose como dos pasos, para seguidamente agitarse confusos como si quisieran cambiar de idea y arrojarse a la noche. Los hacían sentar en el borde de las sillas, como si caminaran por la cuerda floja. Eran como animales salvajes, intranquilos, turbados, engañados, pero ahora tenían un líder. Sólo él acudía obediente con su silencio. Les engañaba, se mostraba sumiso y ellos le obsequiaban con una lluvia de psicotrópicos que no ingería. Les sonreía agradecido y su subconsciente palidecía. Cuando terminaba la consulta, un poco después de las doce de la mañana, volvía sobre sus pasos, salía al patio a realizar su caminata matutina. El otro día había oído como don Alberto decía algo como si su cerebro se estuviese regenerando, tendrían que observarle con más atención. Pero él ya se estaba preparando, convertiría aquel manicomio en un infierno.

La luz en las ventanas estaban surcadas por el negro de las rejas, sonidos de locura recorrían durante un largo rato los atajos, alumbrados por las farolas del sol. Fumó un último cigarrillo en la oscuridad, su rostro se estaba velando y sus pensamientos se poblaban de ruidos nocturnos. Veía como la luz del crepúsculo se extinguía en las inmediaciones del hospital, las farolas se encendían escalonadamente, perplejas, envueltas en una oscuridad mortecina que hacía enloquecer a los cuerdos y estos con sus gritos hacían macular la noche, la luz fracasaba incandescente, dos corrientes contrapuestas que sellaban la incomprensión. Cada noche los enfermeros bajaban a los sótanos a divertirse, jugaban a algo parecido a los naipes; en las primeras hora de la madrugada, los locos se apretujaban en sucios lechos, el sufrimiento volaba sobre sus mentes, por sus desdentadas bocas brotaban agudos gritos de dolor, exhalaban olores fétidos que provenían de sus esqueletos; se encorvaban entre sollozos ahogados batallando, en vano, por patear y huir, pero ellos, tan sólo conseguían enardecer aun más a los carceleros que los azotaban con las correas, de cuando en cuando impelían gritos inhumanos, entre sus cuerpos crujían dolores cáusticos. ¡Díos, que has hecho! Exclamaba incrédulo. Las risas de los fulleros huían por la escalera, estaban todos, hasta el medico de guardia; mientras los presos se sumergían poco a poco en el detritus pringoso que dejaba paso a sus sollozos y alaridos.

Él cada vez se notaba más vivo y violento. Una noche el celador se confió, manejó con tanta habilidad su navaja que le tiñó de rojo la esclerótica; estaba muy nervioso y excitado, reía para sus adentros y hacía rechinar los dientes. De su cara emanaba un comfortable terror. Algo le impulsaba a luchar para que su cuerpo omnipotente no se

desmoronase, ni se eclipsaba, sino que se inflamaba, impulsado por una marea imperturbable de sangre que pugnaba por convertirse en un torrente. Un flash del Perro Andaluz le vino a la mente y le cortó los ojos, aquello le gustó y siguió con las amputaciones, los minúsculo pezones, los dos testículos que se los cosió a la punta del pene.

Ellos no podían dominar su mente, estaba ganando la batalla, el miedo flotaba en las mazmorras. Los locos hablaban en voz baja, desconfiaban de sus propios miedos, pero su navaja era poderosa. Cuando sus toscas manos empuñaban la navaja con la precisión de un bisturí, hacían temblar las paredes de aquel templo del dolor que antes él había dirigido. En un espasmo, mató a cinco enfermeros a los que sentó en la sala de juntas: el primero estaba degollado, al segundo le corto ambos brazos, al tercero las piernas, al cuarto su peno que se lo introdujo en la boca y al quinto le sacó los ojos. Con los primeros atisbos del lóbrego amanecer, los últimos rayos de la luz gris anunciaban que la noche misma desaparecía en el umbral de las rejas del inconsciente. La ignominia. El subconsciente. La furtiva proximidad de la muerte. El olor de las oscuridades limítrofes. El desconsuelo... Pocos minutos después de las seis de la mañana, los enfermeros del relevo llegaban medio dormidos. Entraron y un esperpéntico espectáculo les saludó, histéricos gritaban y golpeaban a los más infelices, que se agitaban confusos, como si quisieran cambiar la vida y arrojarse a la noche; horror, caras somnolientas, caras enloquecidas por el dolor y la tortura. Los enfermeros, ahora, eran como animales salvajes, intranquilos, turbados, engañados. Él no acudió. Les sonreía agradecido mientras su alma palidecía, pero tenía que convertir aquel manicomio en un infierno. La oscuridad de las ventanas estaban surcadas por la negrura de las rejas, sonidos de locura recorrían durante un largo rato las habitaciones que se alumbraban por las farolas del miedo. Veía como la luz de la luna se extinguía en las inmediaciones del hospital, las luces de las farolas se apagaban escalonadamente, perplejas, envueltas en una oscuridad mortecina que hacía enloquecer a los cuerdos y estos, con sus gritos, hacían macular la noche. En la oscuridad invisible volvió al pasadizo secreto, estaba lleno de desechos humanos. Pensativo, casi desesperado observaba como la luz fracasaba y dos corrientes contrapuestas sellaban la incomprensión. Un odio feroz se destapó en su interior y su cabeza explotó de dolor.

Trabó lentamente el tiempo, con los ojos cerrados se aferró a sus quimeras, ante sus ojos pasaron, de repente, todas las operaciones que había espiado desde el altillo en el falso techo del quirófano justo encima de la sala de operaciones; donde estaban los equipos autónomos de aire acondicionado y generador de la luz que casi nunca se ponían en funcionamiento; tan sólo funcionaban en verano cuando las tormentas hacían que la electricidad abandonara el

hospital, entonces ellos entraban en funcionamiento, ellos eran sus cómplices. Allí sus ojos gravaban los descuidos del carnicero de don Alberto, desde hacia algún tiempo le vigilaba y gravaba en la zona de penumbras que aislaba su mente; quizás necesitaba una repuesta, era inconcebible encontrar allí una explicación, una señal; aquella noche gritaban todos, la recordaba como una película en color, con todo detalle: Fue a final del otoño, y ya habían transcurrido tres largos años, volvían a gritar desaforados: "Se va, se va y se les fue". Aquel quirófano se le antojaba frágil, construido sobre cimientos poco solventes, temblorosos ante dos irreflexiones antagónicas, probablemente la blancura y asepsia de aquel lugar eran dos transcripciones desiguales de la misma idea subyacente: la vida y la muerte.

Entre tanto el desconcierto sumía a don Alberto que desde que le había sustituido como director, él por fin se había convertido en el máximo carnicero de aquel manicomio, aunque ahora el sufrimiento iba en dirección contraria: los médicos. Con subterfugios encierra en el quirófano que estaba clausurado a don Alberto, allí le reduce, le tumba sobre la mesa de operaciones y comienza lentamente a trepanarle el cerebro sin anestesia. La anormal operación que le estaba realizando hacía que este su fuese desmoronando poco a poco; le brotaba una masa sanguinolenta a través de la trepanación que le había realizado en el cerebro, semidesfallecido se agitaba vigorosamente y las correas que le sujetaban brazos y piernas se movían epilépticas, quejidos procedentes del más y quebrantaban todo su cuerpo. La atmósfera estaba saturada de un olor a ponzoña mezclado con el tórrido calor que emanaba de la lámpara del quirófano. Al fin un espasmo liberó de aquel tormento a don Alberto que se le quedó en el quirófano. Abandonó el reducto a través del reducto del aire acondicionado autónomo del quirófano y salió a refugiarse en la parte de atrás, donde se vertían todos los desechos del hospital: amputaciones, trozos de intestinos, vendas ensangrentadas, arterias putrefactas, corazones rotos... un refugio tan protegido como lo puede ser la propia muerte.

Se sentó tras un muro de quietud. El día se parecía al anterior y la noche reproducía a la siguiente. La rutina era lenta, como sus recuerdos, deliberadas, como si se hubiera propuesto demostrar que podría escaparse. Los escenarios y las conjeturas fluían delante de él que permanecía mansamente sin decir nada; apenas se fijaban en su persona, habían dejado de torturarlo con las corrientes, le consideraban un vegetal inofensivo, no fueron capaces de descubrir que volvía a pensar y que los recuerdos, poco a poco fluían libres por su mente, eso sí, algo confusos, incluso los anteriores a la operación. Ya sabía por que le habían encerrado. Alguna vez rememoraba a su esposa, lo que evocaba no era el sonido de su voz sino su pelo, su frescura y sus lágrimas; la veía, como si fuera desde muy lejos, las

luzes postreras de la tarde se encendían escalonadamente, para no estropear el color de la noche; la recordaba esbelta, apoyada contra el muro del hospital, fumando de espaldas a él. Justo debajo de sus pies el barro fluía en dos direcciones opuestas a las dos corrientes que conducían a la sin razón. A veces la memoria afloraba como una vibración tenaz, se concentraba, pensaba en sus pechos, se aferraba a ella como a una balastrada, y al cabo de un rato se reía de sí mismo; había otros recuerdos que no podía someter con la misma facilidad, le obligaban a renunciar, a dejarse arrastrar por la corriente a encerrarse en mí mismo y a sufrir en silencio. Al anochecer era víctima de las vacilaciones, disfrutaba de ese trance que extinguía el último destello de la cordura. Soledad y silencio sobre los anchos muros. Soledad en los pasillos. Entre los formoles. Caras perdidas que impregnan las sombras, una tenue brisa que rozaba con la punta de sus dedos y esparcía insólitos rumores susurrando penetrantes y turbias indulgencias; la brisa le inspiraba una vigorosa alucinación, que casi siempre superaba el umbral de lo soportable; contenía el aliento y veía con sus ojos como la imagen se alzaba en la oscuridad y desaparecía. Otra vez el dolor, esta vez era tan agudo que preludiaba otra de sus atrocidades. Después del forcejeo la cuadratura difundía los cuerpos en el espacio marcando las sinergias antagónicas que transitaban entre los cuerpos, siguiendo órbitas imperceptibles para los sentidos, que sólo se podía captar con una intención abstracta. El anaquel y su sombra. El lápiz. Mi muñeca que escribe. El tufo de mi cuerpo. Mi humanidad. Mi levedad. Mi aliento. El papel. El crujido del papel. La lámpara y su cono de luz mortecina. Las horas se suceden, a las doce de la noche la luz mortecina machacaba los techos, calcinaba los caminos de hormigón, iluminaba la pradera de césped pajizo y chispeaba sobre las viejas tejas. Justo hasta ahí en la frontera de las sombras. La luz blanca. La estría. Los deslindes cuadrangulares. El césped recién recortado, su olor, todo enhebraba un lenguaje mermado de ambigüedades La estudiante de ojos azules ahora trabaja en el hospital. Estaba allí expulsando la luz, finalmente estiro hacía la noche su brazo y con una mano irreverente apartó la medialuna de las estrellas. Después agitado por el viento, quizás llorando, sí, llorando en silencio, atrapando algo que la distancia y la luz mortecina le impedían identificar, cayó, enseguida se levantó resollando, corrió desesperado hacía el horizonte, demasiado tarde, huía sin consuelo. Toda la escena era despiadadamente oprimida por el fuerte olor a cloroformo, por la fetidez de órganos podridos y por el tufo pestilente que desprendían los contenedores de residuos. El alma de un hombre flaco e indefenso sobre una muleta, se erguía sobre un barrizal, blandía furiosamente la otra hacía el cielo renegando, describía enmarañadas espirales en el aire, se da media vuelta y se desploma sobre el fango era el alma de mi loco padre. Comienza a llover: una lluvia fina que susurra sobre sus grasientos pelos, se introduce por las fisuras de su cráneo y lavan su cerebro y clarean sus pensamientos, los recuerdos fluyen veloces.

Las colinas se oscurecen poco a poco y se sumergen mansamente. Un tren lejano suelta un alarido de dolor allí no hay almas ni tan siquiera cuerpos. La locura lo irrumpe todo siseando constantemente, pero no recupera sus recuerdos, se los llevaron con el trozo de mollera que le extirparon, pero él se llevaría por delante sus vidas.

Con los ojos cerrados veía las copas de los árboles y reconocía la tristeza del viento que se había enredado culpable en ellas; miraba de continuo al horizonte, donde la falsa profundidad galáctica de las estrellas y los gusanos, ocultos, transmitían señales en un lenguaje extraño. No comprendía por que no recordaba nada de antaño, los recuerdos más inmediatos podía verlos en color, eran como una película en cinemascope. Los días que llevaba recluido los había considerado repulsivos, llenaron su cuerpo de necesidades de inmundicias, no podía desembarazarse de su cuerpo, surcado por venas azules, lleno de yagas, de la piel acartonada, de sus venas hinchadas y el aliento fétido. Noches de negaciones y quejas. Su denodado silencio por concentrarse, por eludir al enemigo, por explorar su subconsciente era como una esfera turbia y privada de apariencia. Quedó otra vez dormido, la droga y el sufrimiento hacían mella en él. Una tos espasmódica de primera hora de la mañana le despertó. El hedor de su cuerpo, cada vez más marchitado, le hacía volver a la realidad, el jadeo continuo, semejante al de un anciano, le angustiaba. Tendría que volver o morir. La necesidad humillante de perpetuar de que él era un ser privilegiado, del tercer milenio, le hacía sentir impotencia. ¿Habría por casualidad una verdad más sincera que ésta? Introdujo un dedo en el ano, extrajo una llave y un grito gutural e espasmódico llenó aquel templo de muerte: ¡Volveré!!! Y salió con una voluminosa carpeta bajo el brazo.

Vestido con la bata de neurocirujano, él ayudado de sus amigos los locos consiguieron encerrar en la sala de juntas a los cinco psiquiatras que componían el comité de dirección del hospital. Él le amenazó con acudir a la justicia ordinaria para que les procesasen por practicas poco ortodoxas que condujeron al asesinato de varios pacientes, sino destituían al desaparecido don Alberto, que se había ido de vacaciones indefinidas, según la carta que él le hizo firmar antes de "operarle" y le restituían a él como director. Además, deberían donar cada uno la cantidad de sesenta mil euros. Todos aceptaron. Firmaron las ordenes de trnasferencia a la cuenta del hospital. Los retuvo hasta que las cantidades fueron abonadas en la cuenta y mientras tanto les hizo firmar una declaración jurada de las operaciones de los veintidós pacientes, que carecían de familiares que los visitaran y que se murieron en el quirófano. También les obligó a que ejercieran la medicina en otro país, si volvían él pondría las pruebas en manos de la fiscalía. Él nombraría a algunos de los pacientes médicos ayudantes, despediría al actual equipo medico que

estaban en practicas, a la totalidad de los enfermeros corruptos y cerraría el hospital a cal y canto

La conversación con el director le tranquilizó, me dijo que aún que parezca mentira, él había limpiado el hospital. Con aquellos locos había realizado un buena y humanitaria gestión. Dadas las circunstancias, está mejor de lo que yo pensaba, tan sólo le medican tranquilizantes, se comporta de manera excepcional, salvo en algunas ocasiones que se vuelve algo irascible y tienen que doblarle la dosis; hay días que está tan lúcido que les da consejos, sobre como tratar a los pacientes, y a veces sorprende a los más expertos. Habitualmente le siguen la pantomima, algunos enfermos, de los que denominan inofensivos, él "pasa" consulta en el jardín; se mueve libremente por todo el hospital, se ha convertido en una institución, tan sólo algún médico, de los nuevos, muestran algún tipo de rechazo, dicen que les estorba. En el fondo creo que está mejor que yo, aunque yo me case a los tres años de su desaparición, le hecho aun de menos. Mi desengaño, es más profundo que la noche, no es más que una palabra que explica el abismo, más oscuro, adonde arrojé mi alma.